



HISTORIAS

DE

V

HDA



TESTIMONIOS DESDE EL ENCIERRO

LA COMISIÓN DE DERECHOS HUMANOS DEL DISTRITO FEDERAL
RECIBIÓ EN 1998 UN CONJUNTO DE BREVES RELATOS
PROVENIENTES DEL VALLE DE SULA EN HONDURAS, A LAS QUE
SE UNEN DOS TESTIMONIOS DEL PENAL DE SANTA MARTHA
ACATITLA Y UNO DEL CENTRO FEMENIL DE READAPTACIÓN
SOCIAL DE TEPEPAN DE LA CIUDAD DE MÉXICO Y DOS
HISTORIAS DEL PENAL DE PUENTE GRANDE, UBICADO EN
JALISCO, PRESENTADAS POR VIHAS DE VIDA. ESTAS
HISTORIAS TIENEN UN COMÚN DENOMINADOR: LA SITUACIÓN
DE CÁRCEL Y EL VIH/SIDA.

ESTOS SON LOS TESTIMONIOS DESDE EL ENCIERRO DE
QUIENES OFRECIERON CONTAR SU HISTORIA Y QUE A VECES
NO GUARDAN COHERENCIA O RITMO ALGUNO, SIN EMBARGO,
LA IMPOSIBILIDAD DE VOLVER A COMUNICARNOS CON LOS
AUTORES NOS LLEVÓ A ARRIESGAR LA ESCRITURA POR LA
FUERZA DE SUS PALABRAS.

INVITAMOS AL LECTOR A REFLEXIONAR SOBRE LA
IMPORTANCIA DE LA PREVENCIÓN DEL VIH/SIDA, QUE NO
SÓLO AFECTA EL SISTEMA INMUNOLÓGICO DE LAS PERSONAS
SEROPOSITIVAS, SU DIGNIDAD Y SUS DERECHOS HUMANOS,
SINO TAMBIÉN CORROE LOS PRINCIPIOS DE CONVIVENCIA
PARA EL RESTO DE LA SOCIEDAD.



COORDINACIÓN DE LA EDICIÓN

MARTA SOL MORALES SOTO

CORRECCIÓN DE ESTILO

ILEANA ESPARZA ROMERO

DISEÑO

LATEX

IDEA Y DESARROLLO DE PROYECTOS

link@latexdesign.com

SE CUENTA CON LA AUTORIZACIÓN PARA REPRODUCIR ESTE MATERIAL POR CUALQUIER MEDIO SIEMPRE QUE NO SEA PARA FINES DE LUCRO Y CITANDO LA FUENTE.

LA IMPRESIÓN DE ESTE CUADERNO FUE PATROCINADA POR LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA. EL DISEÑO FUE PATROCINADO POR INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO EDUCATIVO PARA LA ACCIÓN SOCIAL, IDEAS, A.C.



HISTORIAS
DE
VIDA

TESTIMONIOS DESDE EL ENCIERRO

COMISIÓN DE DERECHOS HUMANOS
DEL DISTRITO FEDERAL

CAMPAÑA PERMANENTE POR LA NO DISCRIMINACIÓN
AV. CHAPULTEPEC NO. 49 - 1ER. PISO, COL. CENTRO,
06040, MÉXICO, DF

INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO EDUCATIVO
PARA LA ACCIÓN SOCIAL (IDEAS), AC

JOSÉ TORIBIO MEDINA NO. 16, COL. ALGARÍN, 06880, MÉXICO, DF
ideasdh@yahoo.com.mx

MAGDALA,

INSTITUTO DE ASISTENCIA INTEGRAL, AC

FRAILES DOMINICOS
COLIMA NO. 208, COL. ROMA, 06600, MÉXICO, DF

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

DIRECCIÓN DE SERVICIOS PARA LA FORMACIÓN INTEGRAL
PROL. PASEO DE LA REFORMA NO. 880,
COL. LOMAS DE SANTA FE, 01210, MÉXICO, DF

INTEGRANTES DEL COMITÉ SIDA
Y DERECHOS HUMANOS (2004)

COORDINADOR FUNDADOR

JORGE FICHTL

COORDINADOR

JAVIER EDUARDO MARTÍNEZ ALMANZA

EQUIPO DE TRABAJO

ILEANA ESPARZA ROMERO, FR. JULIÁN CRUZALTA AGUIRRE O.P.,
ANNIE HERRERA ZAMORA, MARTA SOL MORALES SOTO

AGRADECEMOS PROFUNDAMENTE LA
COLABORACIÓN DE QUIENES HICIERON
POSIBLE LLEVAR A CABO ESTE
TRABAJO PARA CREAR CONCIENCIA Y
CONSTRUIRNOS COMO UNA SOCIEDAD
MÁS INCLUYENTE

COMISIONADO NACIONAL DE LOS DERECHOS
HUMANOS, OFICINA REGIONAL DEL NORTE,
REPÚBLICA DE HONDURAS... LIC. ROLANDO
ARTURO MILLA H. ... COMUNICACIÓN Y VIDA
(COMVIDA), MUNICIPALIDAD DE SAN PEDRO
SULA, HONDURAS... FUNDACIÓN MEXICANA
PARA LA LUCHA CONTRA EL SIDA...
DIRECCIÓN GENERAL DE RECLUSORIOS Y
CENTROS DE READAPTACIÓN SOCIAL DEL
DISTRITO FEDERAL (1998)...
LORENA OROZCO... RAFAEL
SANDOVAL... GINA GUTIÉRREZ...
MARGARITA ANDRADE

PERSONAS RECLUIDAS EN EL
DORMITORIO 8 DE
SANTA MARTHA ACATITLA

POR SUS VALIOSAS APORTACIONES:
LAURA HERNÁNDEZ

I N M E M O R I A M

RAFAEL OMAR

DIANA

IVONNE

COYOTE

RICARDO

JOSÉ MARÍA

INTRODUCCIÓN

El 31 de mayo de 1996 cerraba la convocatoria para participar en “Historias de VIHda”, proyecto que vinculaba a organizaciones no gubernamentales, instituciones académicas y organizaciones del Estado y gobierno mexicanos. El objetivo era recopilar testimonios sobre violaciones a los derechos humanos tanto de las personas que viven con el virus de inmunodeficiencia humana (VIH) o que han desarrollado Sida, como de sus parejas, familiares y amigos. Desde la asistencia social, la academia y la promoción de la educación, la cultura de los derechos humanos y su defensa, se desarrolló un lazo común en la diversidad: la lucha contra la pandemia, colaborando en la sensibilización de la población.

Así nació el Comité Sida y Derechos Humanos,¹ con el compromiso de realizar tareas para difundir, promover y defender los derechos humanos de las personas que viven con VIH/Sida. No fue fácil obtener testimonios, pues el estigma y los prejuicios relacionados con el Sida dificultaron la denuncia de violaciones a los derechos humanos. Los afectados tenían -y aún tienen- temor de sufrir mayor discriminación. De ahí que en el Comité se decidiera recorrer el camino en forma inversa: acercarse a ellos.

Este propósito llevó consigo siempre el principio de acompañar a quienes finalmente otorgaban su testimonio en las facetas que ellas y ellos deseaban compartir sobre su vida con uno o varios integrantes del Comité a lo largo de meses o años.

En la década de los 90, la defensa de los derechos humanos de las personas con VIH/Sida era incipiente o casi inexplorada. No se puede afirmar que este Comité fue el pionero en el trabajo de los derechos humanos y el Sida, pero sí el primer espacio que reunió las fortalezas de organizaciones con características tan heterogéneas.

Este trabajo inicial cierra hoy un círculo, pues las organizaciones que actualmente conforman el Comité, después de ocho años de trabajo, continuarán en las actividades propias de su naturaleza y eventualmente éstas las volverán a reunir. En 1998 se publicaron testimonios de personas del grupo de autoapoyo del Hospital General de Zona “Gabriel Mancera” del Instituto Mexicano del Seguro Social. En 2001, los de mujeres afectadas por el VIH/Sida residentes en



Las organizaciones que fundaron el Comité Sida y Derechos Humanos fueron: Fundación Mexicana para la Lucha contra el Sida, Programa Aprendiendo a Vivir de Cáritas Arquidiócesis de México, IAP, Programa ProPositivo del Centro de Derechos Humanos “Miguel Agustín Pro Juárez”, AC, Centro de Derechos Humanos “Fray Francisco de Vitoria”, O.P., AC, Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal y Centro de Servicio y Promoción Social de la Universidad Iberoamericana.

Cuernavaca -cuyo contenido dio la posibilidad, en 2002, de realizar una coedición con el Instituto de las Mujeres del Distrito Federal como material para los talleres de sensibilización que están a su cargo. En 1999 se publicó y difundió en nuestro país la *Compilación de Instrumentos Nacionales e Internacionales sobre VIH/Sida y Derechos Humanos*. Todas las publicaciones se han reimpresso. Asimismo, esta labor de promoción de una cultura de respeto a los derechos humanos, a través de la sensibilización sobre la pandemia del Sida se tradujo en congresos, jornadas culturales y el Foro Intolerancia y Exclusión, con sede en la Universidad Iberoamericana, en el 2000. La labor educativa se consolidó en talleres sobre derechos humanos y Sida, impartidos de 1997 al año 2000 en el Distrito Federal y otras ciudades de la República Mexicana.

Paralelamente a estas actividades el Comité inició un trabajo que tomaría más de seis años en el sistema penitenciario de la Ciudad de México, un viaje en el que se acumularon más de 200 horas en los diversos centros de reclusión tan sólo en el año 2000, y durante el cual se inició un acompañamiento de tres años con los internos del Dormitorio 8 de la Penitenciaría de Santa Martha Acatitla, todos ellos afectados por el VIH/Sida.

En el primer encuentro en Santa Martha Acatitla, lugar al que se tuvo acceso durante el tiempo destinado a la visita familiar, escuchamos dos demandas básicas: trabajo para disminuir la pena y que éste ofreciera remuneración.² Aunada a estas demandas, los internos pidieron no ser invadidos en su intimidad. Fueron muy insistentes al respecto: con frecuencia estudiantes, periodistas e investigadores los “utilizaban” como fuente de sus análisis y publicaciones. Consideraban injusto que ellos no recibieran nada por su colaboración y en el mejor de los casos, sólo más represión. De ahí que su condición para iniciar el trabajo era no ofrecer testimonios.

El acompañamiento solidario -la presencia- resultó ser la única manera de intentar modificar la situación de los internos y para poder continuar el proceso era necesario renunciar a la denuncia por parte de ellos.

La labor era un *continuum* de enseñanzas, vale decir, de difíciles enseñanzas. El plan de trabajo incluyó actividades de información, desarrollo humano, artes plásticas y talleres productivos remunerados -a petición de los internos se eligió serigrafía. Un buen principio fue un cine-debate, presentando la película “Filadelfia”, con el actor Tom Hanks. La sala estaba llena: autoridades, invitados e internos -casi todos del Dormitorio 8-, unas cuarenta personas en un pequeño salón de la enfermería. A los pocos minutos de haberse iniciado la proyección, nos alarmó oír gritar a un joven de unos veinticinco años, quien finalmente salió molesto del salón: la película subtitulada no le decía nada a alguien que no sabía leer.

Fue así que el primero de diciembre de 2000, con enseres y maquinaria básica, inició una de las etapas más largas del trabajo, con la impresión de serigrafía en diversos materiales con el propósito de que los internos las pudieran comercializar, tanto dentro como fuera del penal, con el apoyo del Comité.

2.

La Ley de Ejecución de Sanciones Penales para el Distrito Federal señala en su capítulo III que el trabajo se considera un eslabón para el logro y consecución de la readaptación social, para preparar al interno en una actividad a desarrollar extramuros y requisito indispensable para recibir el beneficio de la libertad anticipada.

La remuneración recibida supone un destino proporcional para la manutención de quien desempeña el trabajo y de sus dependientes económicos, la reparación del daño y la formación de un fondo de ahorro que le permita ser autosuficiente en sus primeros días de libertad.

El proceso se llevó a cabo con éxito, los pocos internos que acudieron a estos primeros talleres se habían convertido en expertos en el tema y sólo les faltaba la práctica. Ellos mismos tomaron las riendas del taller y empezaron a capacitar a otros compañeros suyos. El resultado de su constancia se veía reflejado en sus caras, era una manera de sentirse útiles y valorados como personas.

A través del trabajo desarrollado nos percatamos de que los internos del Dormitorio 8 eran frecuentemente marginados por sus compañeros en los talleres productivos. El aprendizaje de un oficio por quienes viven con VIH/Sida se ve limitado por estas actitudes de discriminación, rechazo y miedo a las personas seropositivas. La rehabilitación, o lo que ésta debería ser, requiere de atención en todos los niveles de desarrollo del ser humano, que no siempre puede ser satisfecha en los centros de reclusión, pues algunas autoridades penitenciarias, por acción u omisión, toleran o permiten esta situación, disminuyendo así las posibilidades de que las personas con VIH/Sida puedan tener un trabajo remunerado.

De ahí que el compromiso de iniciar cursos de capacitación sobre las formas de transmisión del VIH, así como del desarrollo del Sida abría una brecha enorme de trabajo que debía empezar de inmediato y de manera constante con el objetivo de disminuir o eliminar la marginación.

Durante 60 semanas se cubrió el curso de serigrafía, al final del cual ocho personas recibieron constancia de participación así como un reconocimiento del entonces director del penal. Presentaron impresos en textiles y papel. Fue satisfactorio, también, ser testigos de que durante esta etapa seis internos fueron beneficiados por la libertad anticipada.³ En el espacio de reflexión con expertos creado por el Comité y denominado Siembra, pudimos encontrarnos con algunos de ellos; la mayoría murió en escasos meses, pero libres, como lo habían deseado.

A su vez se iniciaron, tanto en Santa Martha Acatitla como en el resto del sistema penitenciario de la Ciudad de México, los trabajos de capacitación que ofrecieron a los internos tanto información suficiente para su propio beneficio como la posibilidad de sensibilizarse sobre las personas que viven con VIH/Sida. Sin embargo, los cursos de información básica, cine-debates, conciertos, obras de teatro y talleres de erotización del uso del condón pronto mostraron sus límites: de los 27 mil internos en el sistema sólo 3 mil tenían permitida la visita conyugal, por lo que las autoridades asumían que los 24 mil restantes “no necesitan ni la información ni los condones”. De hecho cualquier actividad sexual, concebida como “relación íntima clandestina”, está prohibida y se sancionaba con dos semanas de “apando” como mínimo. Por ello, hablar de derechos humanos, diversidad sexual, prevención y sexualidad responsable eran temas poco considerados por los internos. Además, los condones servían al mercado negro.

El sistema penitenciario es un buen ejemplo de lo que acontece en la sociedad. La mayoría de las personas en situación de privación de la libertad provienen de sectores sociales muy vulnerables por cuestiones económicas y culturales, y por las condiciones de los penales ya descritas, están mucho más expuestas a contraer VIH o cualquier otra infección de transmisión

³ De acuerdo con la Ley de Ejecución de Sanciones Penales para el Distrito Federal, la libertad anticipada refiere los tres tipos de beneficios de ley: tratamiento preliberacional, libertad preparatoria y remisión parcial de la pena (Título Tercero, capítulos III, IV, V y VI).

sexual, ya sea “por contacto sexual o por compartir agujas con usuarios de drogas intravenosas”.⁴ La negación de la sexualidad por parte de las autoridades genera que su práctica se dé en forma clandestina y sin protección.

Otra forma de discriminación y violación de los derechos humanos de las personas que viven con VIH/Sida en las cárceles es que al considerarse la enfermedad como una amenaza, no se respeta la confidencialidad de los resultados de la prueba, existe desabasto de medicamentos e insuficientes servicios médicos especializados.

Las personas privadas de su libertad sufren en muchas ocasiones, además de las condiciones descritas, el abandono y el rechazo familiar, siendo más evidente en las mujeres. Falta mucho por hacer en el tema de cárcel y Sida, y la labor de contribuir al cambio nos corresponde a todos como ciudadanos.

Los puntos de partida básicos –reforzando lo expuesto– son el respeto a la integridad y dignidad de la persona, la ética y buen juicio del médico y su obligación de confidencialidad,⁵ por lo tanto es recomendable la educación a través de información sobre VIH/Sida dirigida a internos y al personal de los centros de reclusión, sensibilización sobre la pandemia, manejo de la enfermedad, formas de transmisión y de control de la infección. Asimismo, proporcionar condones en forma gratuita y obligatoria y “jeringas para usuarios de drogas intravenosas”.⁶

Las personas que viven con VIH/Sida privadas de su libertad, presuntamente responsables o culpables de un delito, no han perdido su dignidad: tanto las autoridades como la sociedad debemos reconocer ese derecho. Pero corresponde a los servidores públicos penitenciarios garantizar al interno el derecho a la seguridad personal, a la salud, a la alimentación, al trabajo, a la intimidad y a la educación, entre otros.

^{4.} COESIDA Jalisco. Guía práctica para promotores de derechos humanos con trabajo en VIH/Sida. Guadalajara, Jal., 2000. P. 51.

^{5.} Instituto Interamericano de Derechos Humanos. Manual de buena práctica penitenciaria (Implementación de las reglas mínimas de Naciones Unidas para el tratamiento de los reclusos). Penal Reform Internacional, París, 1998. P. 86.

^{6.} *Idem.*

"MANTENER LA ESPERANZA,
TRANSMITIR ACTITUDES NUEVAS
QUE NOS PERMITAN TRANSFORMAR
LAS REALIDADES INJUSTAS DESDE
NUESTRA COMÚN VULNERABILIDAD."

LUIS PÉREZ AGUIRRE

PRESENTACIÓN

La Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal recibió, como respuesta a la primera convocatoria Historias de VIHda, un conjunto de breves relatos provenientes del Valle de Sula, una región montañosa cruzada por el Río Chamelecón, sobre casos del penal de San Pedro Sula, un emotivo trabajo ofrecido por el personal del Comisionado Nacional de los Derechos Humanos de Honduras, de los cuales se presentan tres en los que se aprecia la violencia que pueden ejercer la ignorancia y el desdén. Esos textos son el origen lejano de los testimonios que hoy tienes entre tus manos.

A pesar del tiempo y la distancia, muchas de las inquietudes y de las angustias de estas personas siguen siendo vigentes. No sólo creemos en la actualidad de estos testimonios sino en la urgencia de difundir las *voces desde el encierro* como parte de la recuperación histórica del trabajo de aquellos que hicieron posible un cambio en las condiciones que vivían como internas e internos. Las circunstancias sociales y geográficas de lugares tan apartados entre sí podrían alejar a las personas en cuanto a experiencias, no obstante, la doble discriminación de estar privado de la libertad y ser persona que vive con VIH/Sida, que en el caso de las mujeres se triplica por su condición de género, puede tener consecuencias muy similares.

Como resultado del trabajo realizado en el sistema penitenciario de la Ciudad de México, se presentan dos testimonios del penal de Santa Martha Acatitla y uno del Centro Femenil de Readaptación Social Tepepan, de la Ciudad de México.

Hacia el final de este proceso se unió a esta tarea la organización no gubernamental VIHas de Vida, cuya labor se centra en la defensa y asesoría a personas que viven con VIH/Sida en la Ciudad de Guadalajara, enviando dos historias del penal de Puente Grande, ubicado en Jalisco. Asimismo, de esa ciudad proviene un aporte especial, inesperado, recibido por una vía completamente ajena al camino recorrido hasta ese momento por el Comité, y que cierra el círculo de tres seres humanos vinculados por las mismas circunstancias sin que ellos lo llegaran algún día a imaginar.

En ocasiones, las palabras de quienes ofrecieron contar su historia no guardan coherencia o ritmo alguno, sin embargo, la imposibilidad de volver a comunicarnos con los autores nos llevó a arriesgar la escritura por la fuerza del testimonio.

Invitamos a una reflexión profunda en una sociedad donde este síndrome no sólo lastima el sistema inmunológico de las personas afectadas sino también su dignidad.

COYOTE

SU CARTA DE LIBERTAD: UN ATAÚD

Este relato me fue narrado por Selvin Guevara, enfermero del Centro Penal de San Pedro Sula, Honduras. Me contó la historia de Jesús David López, popularmente conocido como Coyote, un hombre que vivía en la zona de asentamientos humanos del sector de la Ribera Hernández de San Pedro Sula. Coyote fue un árbitro de fútbol, dedicando los domingos a sonar el silbato e impartir “justicia”, como se dice en el ámbito deportivo.

En 1990 se dio cuenta de que tenía Sida, situación que no pudo mantener en secreto, por lo que perdió el trabajo, además de ya no ser aceptado por nadie como árbitro.

Vivía en la propiedad de un dirigente comunal, y por todos los estereotipos que la gente maneja acerca del Sida lo ubicaron en un cuartito en el solar de la casa, aislado de todas las personas. Las condiciones de pobreza no le permitían tener acceso a medicamentos ni a una alimentación por lo menos regular.

Su salud empeoró y ello le obligó a vender dos veces un terreno que poseía, para poder ir a El Salvador a recibir un tratamiento médico. Fue acusado de estafa y recluido en este Centro Penal en 1994. Ahí, Coyote siguió con su oficio de árbitro para conseguir algún dinero y comprar medicamentos.

De su familia, el único que lo visitaba era Juan, quien era alcohólico, por lo cual la mayoría de las veces el dinero que recibió para comprar medicamentos lo gastó en bebidas alcohólicas y la medicina casi nunca llegó a manos de Coyote.

Coyote confesó que posiblemente adquirió el VIH uno de aquellos domingos, ya que después de un buen partido se emborrachaba con hombres y mujeres y al calor del alcohol se enfrascaban en relaciones sexuales. Esta conducta provocó que su esposa se alejara y terminara abandonándolo para reorganizar su vida con otro hombre.

La situación de Coyote, como es característico de este padecimiento, se fue agravando cada día; pero aún así tenía fuerzas para colaborar con otras personas enfermas del mismo mal. Sin embargo, a veces comentaba: *“Cuando ya no pueda yo cuidarme ¿quién me va a cuidar? ¿quién me va a asear y a darme agua? Estoy preso y con Sida, nadie me apoya, he quedado sin amigos y sin familia”*.

En abril de 1996 entró en un período de postración, su enfermedad se manifestaba con fuertes dolores de cabeza; su cuerpo estaba frío, sus piernas sin fuerzas, y con frecuencia exclamaba: *“¡no quiero morir aquí!”*.

Se hicieron las gestiones necesarias para sacarlo del Penal y se logró que lo recibiera el Hogar "San José", ubicado también en San Pedro Sula.

Sin embargo, no podía dejar la prisión sin cumplir con una infame condición: tenía que salir acompañado de su ataúd, en pocas palabras, aquel ataúd era su carta de libertad. Al mirarlo, Coyote empezó a llorar como un niño, lloraba a grito abierto: *"¡no quiero morir!"*.

Pocos días después Selvin lo fue a ver. Coyote no conocía a nadie, hablaba solo y hacía señales con las manos. Se volvió como un niño con pañal y babero, y a la vez un adulto con insomnio permanente, abandonado por sus familiares, amigos y futbolistas.

No sé qué más pasó porque yo también soy un reo, pero creo que Coyote ya está muerto.

RENÁN VALDEZ

SAN PEDRO SULA, HONDURAS, 1996.

ELIZABETH

EN BUSCA DE LA FELICIDAD

“Mi nombre es Elizabeth López y me encuentro recluida en el Centro Penal de San Pedro Sula desde el 10 de julio de 1995, acusada del delito de robo a un instituto de segunda enseñanza. La vida comenzó para mí un 18 de agosto de 1975 en Yoro, y pronto quedé huérfana de padre y madre. Durante mi niñez viví con mi hermana mayor y por carecer de recursos económicos no tuve la oportunidad de ingresar a la escuela primaria. A la edad de 14 años conocí a Eduardo, quien me prometió el cielo y la tierra. Creí en sus promesas y me entregué a él creyendo que mi vida sería diferente, llena de amor y felicidad. Sin embargo, no fue así porque me engañó y abandonó al darse cuenta que esperaba un hijo, fruto de esa relación.

“Al nacer mi hijo se me complicó la existencia: mi hermana, por su estado de pobreza, no podía mantenerme. Me dediqué a buscar trabajo como empleada doméstica, pero nadie me daba empleo con un hijo. Desesperada por mi situación económica, y no teniendo para darle de comer a mi niño, me fui por el camino más fácil, el de la prostitución. Todas las noches me apostaba en las famosas esquinas del centro de San Pedro Sula ofreciendo mis caricias, y en una de esas ocasiones adquirí el VIH.

“Comencé a bajar de peso y con frecuencia padecía de las vías respiratorias. Acudí al Hospital Mario Catarino Rivas donde me diagnosticaron la terrible enfermedad a los 17 años y la desgracia de llevar en mi vientre a otro hijo. Continué desempeñando la prostitución, pero pedía el uso del condón para no contagiar a otras personas. Mi segundo hijo tiene actualmente un año, ignoro si tiene el VIH. Un hermano que vive en Colón se hizo cargo de mis dos hijos, a quienes no he vuelto a ver.

“Aquí, en el penal, he tenido varias recaídas; en la última crisis creí que me moría, pero gracias a Dios me he vuelto a recuperar. Padezco de diarrea, herpes, tos, fiebre, vómito, sífilis y me duelen mucho los dientes cuando mastico los alimentos. Cuando me he puesto grave me suministran suero, vitaminas y pastillas para el dolor. El médico me visita cada tercer día. La mayor parte de las personas no me discrimina, pero algunas compañeras me gritan ‘sidosas’; yo les contesto: ojalá que ustedes nunca se contagien de este terrible mal.

“Una de mis hermanas se ha compadecido de mí y me trae medicinas y dinero cada mes. A menudo lloro porque me hacen falta mis hijos; no deseo morir en este lugar, sino al lado de ellos y del resto de mi familia”.

VÍCTOR

SI VOLVIERA A NACER

“El 2 de noviembre de 1994 ingresé al Centro Penal de San Pedro Sula, acusado de robo a una casa de empeños. Tengo 38 años y nací en el Departamento de Lempira el 22 de septiembre de 1957. Mi nombre: Víctor Lara. Nunca asistí a la escuela, porque desde muy pequeño empecé a trabajar en la agricultura. Creyendo que mi situación económica podría mejorar emigré del campo a la ciudad con mi mujer y mis dos hijos. Llegué a radicar al sector de la Ribera Hernández de esta ciudad, en la casa de un hermano. Como no había aprendido un oficio comencé a trabajar en el mercado como cargador de bultos, pero apenas nos alcanzaba el dinero para comer.

“Se me presentó la oportunidad de trabajar como ayudante de albañil en la construcción de un edificio ganando un salario mejor que el anterior. Comencé a salir los sábados a divertirme con los albañiles que trabajaban en la construcción; visitábamos las cantinas y los prostíbulos gastando más de la mitad del salario semanal. Así pasó el tiempo convirtiéndome en un hombre promiscuo. Mi señora comenzó a padecer de vómito, gripe, diarrea, picazón en la piel y a adelgazar rápidamente; yo también me sentía débil, con mareos, dolor de cabeza y bajo de peso, por lo que nos dirigimos al Hospital Mario Catarino Rivas y allí nos diagnosticaron VIH.

“Cuando nos explicaron la magnitud de la enfermedad mi mujer comenzó a llorar descontroladamente por lo que fue necesario aplicarle un sedante; yo me sentí muy desdichado porque la había contagiado de esa cruel enfermedad. Ella murió a principios de 1994 y mi suegra se hizo cargo de los niños.

“Desde que estoy en prisión mi salud ha desmejorado notablemente; padezco de mareos, dolores de cabeza y sífilis. Los enfermeros me suministran pastillas para el mareo y vitaminas, pero me siento triste y desesperado porque nadie me visita. La comida que me dan es pésima: en el desayuno atole de avena o de harina, de almuerzo y cena un poco de arroz y un pan. Para más desgracia no tengo dinero con qué comprar mis alimentos. Deseo platicar con el juez a fin de solicitarle que estudie mi caso y pueda salir de esta prisión para reunirme con mis hijos y con mi madre, quien todavía vive.

“Si volviera a nacer llevaría una vida ordenada, tranquila y armónica, proporcionándoles felicidad y bienestar a mi señora, hijos y demás familia, porque ellos se merecen lo mejor de esta vida”.

DIANA

TEMO MORIR SOLA

La primera parte de este testimonio se da en el marco de los talleres de sensibilización que el Comité Sida y Derechos Humanos inició en el sistema penitenciario de la Ciudad de México con el apoyo de una docena de organizaciones de la sociedad civil y de la entonces Dirección General de Reclusorios. A partir de entonces y durante tres años, fueron varios los encuentros con Diana, el último en el proyecto Luna en la sede de Casa Alianza.

Las instalaciones del Centro Femenil de Readaptación Social Tepepan son amplias y luminosas, en ellas se albergaba a 350 internas. Ahí se impartiría el primero de cuatro talleres sobre mujeres, Sida y derechos humanos.¹ Dos puertas enrejadas, un corredor rodeado de cristales y una estancia enorme que sirve de comedor y de salón de actos son el marco de aquel primer acercamiento: los altísimos muros replican las palabras hasta hacerlas ininteligibles.

Viniendo por el corredor central, Diana se acercó a nosotros y nos mostró una arrugada hoja, hecha fillos de tanto doblar y desdoblar. Hablaba muy rápido. Ella, pequeña, morena, ansiosa, sus ojos buscaban los nuestros...

Nos costó trabajo entender lo que decía, nos señalaba la hoja: un oficio en el que se le informaba que el niño "N" había muerto hacía tres meses por causas asociadas al VIH/Sida. Diana trataba de explicar que no podía ser su hijo porque el suyo se llamaba Héctor Josué, y este niño no tenía nombre y que, además, hacía poco la trabajadora social le había dicho que su pequeño ya caminaba y decía "mamá".²

Caminamos juntos, despacio, en un solidario silencio, por el largo corredor de luz...

Bien entrado el verano Diana estaba en libertad. Por allá, en Garibaldi, la encontramos en la Plaza de La Conchita, en medio de la oscuridad, dormía sobre un cartón y decía no sentirse bien. Nos reconoció como aquellos de "los talleres" y les comunicó a sus amigos que "nos conocía, que no había nada que temer". En esa etapa también era visitada por los educadores de calle de

1. Al día de hoy, este centro de readaptación social atiende a 57 internas, entre aquellas consideradas inimputables, por su condición de pacientes psiquiátricas y aquellas con enfermedades crónico-degenerativas. Sólo una de ellas es portadora del VIH.

2. Supimos que en realidad, el hijo de Diana falleció a los pocos meses de haber nacido, una insuficiencia respiratoria marcó su fin.

Casa Alianza, quienes con paciencia lograron reintegrarla a su programa.

Una enorme reja inicia y termina el albergue de Casa Alianza, la casa de azulejos. Diana había aceptado dejar la calle y permanecer ahora aquí. Concertamos una reunión, ella quería compartir su historia de VIHda con nosotros.

Nos saludamos con gusto. Llegaba de tenis, sudadera blanca y unos desteñidos *jeans*... limpia, sonriente y dolorosamente dulce se acercó al sillón de la entrada y nos presentó a Dikis: “*Es mi hijo*”, comentó, mostrando un changuito blanco de peluche cubierto por una chambrita verde, y continuó: “*regalo de un chavo que me gusta, es el papá del monito*”.

“En mi casa siempre me dieron todo, mi ilusión desde niña era conocer a mi mamá, le pedía a mi papá que me dibujara una mamá. Vivía con mis abuelos, una tía y mi padrastro (sic), ellos se hacían cargo de mí. Mi mamá hablaba por teléfono con mi abuelito, le pedía que me arreglaran para verla porque me iba a llevar a pasear, pero nunca llegaba y yo siempre me quedaba llorando, sólo la conocía por foto.”

“Mi tía me llevaba a la escuela, pero por ese tiempo se embarazó y comenzó a decirme que ya estaba grande y debía valerme por mí misma. Para llamar su atención, empecé a tatuarme, a fumar y a frecuentar a chavas más grandes que yo. Una de mis amigas me dijo que me saliera de mi casa, que nos íbamos a ir a un cuarto que tenía regadera. Escribí una carta diciéndoles que me iba a donde estaría mejor -en casa no había regadera. Tenía doce años, fue después de terminar la primaria. Me salí, pero mis abuelos me encontraron pronto y me hicieron regresar.”

“Una tarde, mientras esperaba a una amiga en la parada del pesero, encontré la mirada de una mujer, a la que conocía por foto: me miraba insistentemente y me dijo: ‘Yo soy Alma, soy tu mamá’. Los ojos de Diana se entrecerraron un poco y miraron alto hacia la izquierda... respiró hondo y nos dijo: ‘fíjense que no vivía muy lejos, vivía por Santa María la Ribera’.”

“Después de ese encuentro, mi mamá fue a la casa de mis abuelitos y les dijo que quería ir por mí. Mi abuela no quería, pero yo me puse rebelde y me fui con ella, tenía 13 años. Mi mamá me llevó a su casa, pero su esposo me rechazó.”

“Mi mamá se seguía prostituyendo, se alcoholizaba y nos pegaba mucho. Tengo seis hermanos en total, yo soy la segunda; por eso me regresé con mis abuelos. Entonces me empecé a drogar, limpiaba parabrisas y robaba cosas. En ese tiempo me enteré de que mi mamá murió de cirrosis.”

“Luego de eso, me junté con un chavo para salirme de mi casa, no porque quisiera una pareja. Él se llamaba Daniel, vivíamos en su casa, tenía dos trabajos, uno en la mañana y otro en la tarde, pero su mamá aprovechaba la situación y me quitaba todo lo que él ganaba. Daniel se juntó con otra chava y su mamá me mandó a vivir con una tía de él. Yo me ponía triste y lloraba mucho. Me empecé a juntar con otros chicos allá en Santa Julia donde conocí otras drogas. Para pertenecer a la banda empecé a drogarme con ‘activo’ y ya no volví a mi casa.”

“Conocí a la gente que vendía el vicio, y las chavas más grandes ‘me metieron cuerda’ para que empezara a prostituirme en Garibaldi. Tenía como 14 años. Para conseguir la droga ‘charoleaba’, robaba; tenía muchos clientes y como estaba chava, hacía muchos ‘ratos’. Me seguían mucho, pero los chavos me golpeaban y me quitaban el dinero.”

“Luego caí al Tutelar. Fue una vez cuando los policías llegaron al baldío y dijeron que se iban a llevar a quien tuviera más olor a activo. Todos me dijeron que me echara la culpa, que como era mujer me

iban a soltar más rápido; había una sola botella y dije que era mía. Me eché tres días en ese lugar. Nos trataban muy mal: te ponían a lavar los pisos, a tender las camas y una de las celadoras me dijo que no me pasara de pendeja porque allí ella mandaba. Al salir, regresé a Garibaldi.

“Llegó un chavo más grande y empecé a andar con él para que no me pegaran y de él me embarqué, tenía 17 años. A los dos meses de embarazo me fui a vivir con mis abuelos pues me dijeron que me iban a apoyar, pero un día que no me sentía bien y estaba acostada, llegó la esposa de mi tío y discutiendo con mi otra tía le dijo: ‘a ver si es cierto, que se levante la sidosa’. A mí me empezó a dar miedo y me salí a las tres de la mañana, tenía seis meses de embarazo y me fui a Garibaldi. Ahí me seguía drogando, prostituyendo y peleando.

“Un día llegó mi tía a buscarme como a eso de las 11:30 en un taxi y me dijo que me iban a llevar al doctor para ver cómo estaba mi bebé. Yo le dije: ;ya sé tu doctor, me vas a anexar! Y así fue: me anexaron y me amarraron en una silla. Ya como a las dos de la mañana llegó un padrino y les dijo: ¿por qué la amarran, no ven que está embarazada? Como iba bien cruda me daba mucha fiebre. Por ser reincidente me paraban frente al grupo y me decían de groserías.

“Llegué ahí el 14 de febrero y el 17 me empezaron los dolores de parto, no me creían y cuando por fin se dieron cuenta de que era cierto, me sacaron muy rápido, sólo llevaba una sábana y unas chanclas, no me querían recibir en ningún hospital. Les pedí que me llevaran al Hospital de la Mujer y ahí nació mi hijo el 18 de febrero a las cinco de la mañana.

“A los dos días les pedía a las enfermeras que me llevaran a mi hijo porque no lo había visto todavía, pero me dijeron que lo habían canalizado al Hospital Infantil porque necesitaba incubadora por haber nacido con los pulmones inmaduros; además tenía un defecto: le faltaban dos uñas.

“Empecé a vomitar flemas con sangre y nos dijeron, a mí y a mi abuelita, que tal vez tenía tuberculosis y Sida. Mi abuelita dijo que no quería sidosos en su casa. Me hicieron la prueba de Elisa y salió negativo. Como ya tenía 18 años, firmé mi alta voluntaria y me fui.³

“La mamá de mi mamá no quería que yo viera a mi hijo, les había ido a decir al hospital que no me dejaran verlo porque era una drogadicta. Hablé con una trabajadora social y le dije que antes de ser drogadicta era humana y que me dieran la oportunidad de ver a mi hijo. Ella aceptó, me dio el número de su cama y entré a buscarlo. No sabía cuál era hasta que le pregunté a una enfermera, se parecía mucho a mí.

“Uno de los doctores me dijo que si los drogadictos hacíamos cualquier cosa por conseguir la droga, hiciera cualquier cosa por conseguir dinero para los medicamentos de mi hijo, que no me iban a cobrar la hospitalización, pero que necesitaban el dinero para los medicamentos. Yo seguía drogándome e iba a ver a mi hijo bien drogada... ya después ni entraba a verlo, sólo le llevaba las medicinas y los pañales. Por eso, la Procuraduría me lo quitó, dijeron que me iban a dar una oportunidad y si en un mes demostraba tener un cuarto dónde vivir, me lo regresarían... pero... dejé a mi hijo en abril.

“En diciembre caí en el Reclusorio Femenil Norte, me sentenciaron por robo a transeúnte y por asociación delictuosa, pero en la apelación quedé con robo específico.

“Trabajaba en el taller de guantes y cada seis meses debía hacerme el Elisa. Fui a pedirlo y después llegaron unos custodios para decirme que me llamaban en el servicio médico. Me preguntaron si

*quería que me pusieran un sedante, y les dije ¿para qué, para decirme que estoy sidaosa?
"Me trasladaron a Tepepan el 3 de julio y el 26 me entregaron la carta de defunción de mi hijo.*

"En Tepepan estuve sólo dos años y siete meses por buena conducta. Durante mi estancia sólo una vez me puse mal y me llevaron al 'aislado'; no me gustó estar ahí, ni te van a ver, nada más te van a botar la comida como a un perro.

"Antes, el dormitorio de VIH estaba en el sótano, junto al apando, y como les pasábamos la droga, nos cambiaron. Teníamos algunos privilegios por ser portadoras, porque éramos sólo cuatro, teníamos cuarto con baño y regadera para cada una, teníamos médico y tratamiento, pero las medicinas siempre faltaban porque las mandan de Santa Martha Acatitla y ahí son más los infectados. Pero también teníamos contras, sobre todo para trabajar; para entrar a la lavandería teníamos que meter escritos, y a la cocina no nos dejaban entrar por eso de las cortadas. Por parte de las compañeras también había desprecio porque nos gritaban 'pinches sidaosas'.

"Silvia, la directora del penal, nos apoyaba mucho, nos daba despensas. La 'secuestramos' cuando la quisieron cambiar por Rosa María... hicimos un mitin y por eso nos dieron un mes de apando; éramos 25 apandadas por desacato: quemamos los colchones, nos aventaron el polvo extinguidor, pero no nos abrieron el apando, así que parecíamos sorullos (sic).

"Pero, a pesar de todo, sí me gustó estar en la cárcel, fue ahí donde aprendí muchas cosas, sobre los condones, las infecciones de transmisión sexual y las medidas de prevención. Ahora en la calle ya se sabe más del Sida que antes, los chavos con los que me quedo me cuidan para que no me vaya a enfermar. Ya no le hago al 'chemo', a veces todavía trabajo. Les digo que tengo VIH y me dicen que no importa, que de algo habrán de morir.

"Estoy un poco mejor ahora, me salí de Casa Alianza porque soy tremenda y perdí mi ingreso completo, sólo vengo durante el día. Nicasio me había ayudado a salir de Tepepan y a llegar aquí. La calle te enseña a ser así, a estar a la defensiva, no soy nada dejada, me gusta tener amigos, aunque me pegan mucho todavía.

"Pronto quiero tener un bebé, tengo pareja, aunque es un pinche convenenciero; cuando me dice 'te quiero mucho' le contesto: quieres una mona ¿verdad? ;no me quieras tanto!... Mi anterior pareja se acaba de suicidar.

"Ahorita que salga, me empiezo a drogar y me dan las cinco o seis de la mañana, llego aquí a las nueve, bien 'chema'... es difícil dejar el activo, me gustaría dejar de drogarme... temo morirme sola", concluye.

Al final de la entrevista acompañamos a Diana, caminamos por Reforma y cruzamos hacia el Eje Central. Ahí, frente al Teatro Blanquita, nos enseñó su casa: "ésta es la sala", nos decía mientras avanzábamos por la gran explanada del teatro. Un pequeño perro negro salió a nuestro encuentro. Un grupo de seis o siete chicos y chicas nos miraban con recelo; el más pequeño, un bebé de seis meses, el mayor un hombre de cuarenta años. Hablamos un poco de cualquier cosa, amenazaba la lluvia y se preparaban para dormir.

A los pocos días, Diana falleció en la calle. Amaneció y atardeció aquel día.

IVONNE

EL MÁS PEQUEÑO DE SIETE HERMANOS

Conocimos a Ivonne -es así como le gusta que lo llamen- en el Dormitorio 8 de Santa Martha Acatitla, la primera vez que fuimos a hacer la invitación para participar en el taller de serigrafía: de grandísimas pestañas y extremadamente delgado. Acababa de salir del “hospital” -así le denominan a la clínica del reclusorio- pues su salud se encontraba sumamente deteriorada por neuropatía vinculada al Sida. Mostraba sus piernas que sólo eran hueso y piel. Al preguntarle cómo se sentía contestó:

“Mira, quedé bien flaquito... pero sigo aquí, no les voy a dar el gusto de morirme”.

Debido a su precario estado de salud rara vez asistía al taller, sólo en otra ocasión lo vimos caminando por la penitenciaría pues casi siempre estaba en el hospital o en su estancia. Meses después, al llegar al taller, sus compañeros nos informaron que Ivonne ya había salido libre, situación que fue posible gracias a un convenio entre Albergues de México, AC y la entonces Dirección General de Reclusorios y Centros de Readaptación del Distrito Federal, por el cual se libera a los internos afectados por VIH/Sida que están muy enfermos para ofrecerles asistencia y acompañamiento.

Un mes después de esta noticia lo visitamos: el sol en pleno, el bosque sereno y el caminar acompasado. A dos kilómetros del pueblo de Santo Tomás Ajusco se encuentra la Ermita Ajusco, albergue de recuperación para personas que viven con VIH/Sida. La cita con Ivonne se dió en una espaciosa sala de pisos de madera y en medio de la paz del lugar. Ivonne se presentó pulcramente vestida, con maquillaje ligero y pantalón de vestir. Se acercó con una gran sonrisa y sus siempre ojos de enormes pestañas, se veía muy recuperado y tranquilo.

Originario de la Ciudad de México, el más pequeño de siete hermanos -cuatro hermanos y dos hermanas-, vivió desde los siete años con sus abuelos maternos allá por el rumbo de Pericoapa, *“porque mi abuela siempre me aceptaba tal y como era”*. Salió de su casa porque su mamá *“se dió cuenta de que su hijo no era como los demás”*.

“Desde muy chico me llamaban la atención los niños, yo me metía a los sanitarios a observarlos. Me gustaban todas las cosas de niña, me ponía blusitas de mis tías y unas calcomanías, de esas chiquitas -no sé si existen todavía- en las uñas. Yo no viví violencia sexual... mi primera relación fue a los nueve años”.

A los trece años empezó a “vestirse” –como él mismo dice- al regresar de la escuela, sus abuelos le permitían hacerlo; sin embargo, había reglas tales como “*respetar la casa no llevando hombres*”. Por otra parte, los conflictos con su madre y sus hermanos fueron cada vez mayores.

“Mi mamá trabajaba en la Delegación Cuauhtémoc y mandaba a los agentes para perseguirme porque le repugnaba verme así, vestida. Cuando mis hermanos me veían transformado me golpeaban y pateaban, llegaron a romperme la ropa; fue una discriminación muy fea”.

A sus 14 años (*sic*) asistía a la Escuela Preparatoria Número 8 y tuvo su primera relación de pareja. Los problemas aumentaron. Los agentes que su mamá enviaba lo perseguían por todos lados; se lo llevaban, lo golpeaban y lo abandonaban en zonas lejanas. En una ocasión también golpearon a su pareja. Sus abuelos no sabían de esto, pero cuando lo veían maltrecho le daban mucho amor. Durante su relato, el semblante de Ivonne se mantuvo sereno; sólo en dos ocasiones pareció perder la compostura y ésta fue una de ellas:

“Antes, cuando contaba esta parte de mi vida sentía odio y rencor porque me pasó a amolar muy chico, ahora ya no guardo ni rencor ni odio, veo que tuvo que pasar porque tengo que cuidarme más, valorarme más y quererme más. Con mis compañeros de la escuela iba a fiestas y tardeadas, en una de ellas conocí a un amigo de ‘closet’, yo iba a cumplir 17 años. Me invitó a su casa y me iba platicando de un francés, me dijo que me quería llevar con ese amigo, pues había mucho dinero de por medio y que le gustaban las vestidas. Llegamos a Lomas de la Herradura, su casa estaba pasando el segundo puente. En aquel tiempo existían esos billetes grandes y azules de 50 pesos y me regaló diez. Tuve relaciones con él, yo siempre fui pasivo... Empecé a tomar, me dio droga, me invitó cocaína y dijo que con esos polvos me iba a sentir a gusto, yo no sabía...”

“Después de esa cita el señor me invitó el siguiente viernes a la playa y yo acepté, les dije a mis abuelitos que iba a una excursión por parte de la escuela, pero me fui con él a Cancún. El domingo llegó un amigo a verlo y fue cuando conocí el AZT por primera vez, unas capsulitas azules. Cuando él se dio cuenta de esto se molestó con su amigo, le dijo que debía llevarlas envueltas para que nadie las viera. Yo le pregunté que para qué eran y dijo que era un tratamiento que tenía que tomar.

“Me dejó un boleto de camión y los mismos diez billetitos azules... Me llevaban desayuno y comida por parte del señor y el martes en la mañana me dijeron que se vencía el hotel y que él ya no iba a regresar... nunca lo volví a ver.

“Como ya tenía alguna idea de lo que era, regresé angustiado por haber visto el AZT y los condones que su amigo le había llevado. Yo pedía que usaran preservativo siempre, ya había oído hablar del Sida, pero aquella vez él no quiso usarlo y yo acepté por el dinero.

“Luego luego que regresé fui a pedir informes a AVE de México. Edgar me habló del tratamiento con AZT, lo tomaban los portadores. Me sugirió que me hicieran estudios en CONASIDA. Él fue el primero en conocer el diagnóstico de mi seropositividad y cuando me dio los resultados, pensé quitarme la vida... y lo intenté, pero me ayudó mucho hablar con Edgar.

“Yo solo pasé el trago amargo hasta los 20 años y gracias a Edgar enfrenté a mis abuelos y se los dije; no sabía cómo hacerlo, no quería que su amor se volviera rechazo. Mi mamá y mis hermanos no me interesaban, sólo las personas que me quieren.

“Comenzó a darse un cambio, no me sentía el mismo, yo creía que iba a ser rechazado de todas partes,

abandoné la escuela y me adentré en la droga, quería acabar con eso que estaba empezando.

“Seguía viviendo con mis abuelitos, se molestaron porque me drogaba y porque dejé la escuela pues ellos me habían estado apoyando. Les pedí que sólo nosotros tres supiéramos y ellos respetaron mi petición. A los 21 años se enteró mi padre por boca mía y tuve su apoyo en todos los aspectos y sentidos, luego se enteró mi mamá y fuimos a decirles a todos, acompañados por mis abuelitos. Cuando hablamos con mi mamá no fui vestida porque quería su apoyo. Ella se maldecía, dijo que todo era por su culpa, por la forma en que me había tratado, se responsabilizaba. Yo le dije que no, que había pasado y ya.

“Yo, metido en las drogas, sin estudiar y con esta situación, me fui involucrando en más problemas... Estábamos en el metro Balderas, cerca de las escaleras, un chico se estaba ligando a un hombre maduro; yo iba acompañado por dos amigos, habíamos planeado salir juntos. Nos acercamos. Las famosas ‘gotas’ –refractil- habían hecho su efecto en nosotros.

“El hombre agredió al muchachito, yo me le fui encima con patadas y golpes, él dijo: ‘si hasta joto eres’. Regresó a los cinco minutos con 10 ó 12 personas a decir que me iban a refundir, yo traía además un ‘pericazo’ y me le fui encima otra vez.

“Resultó ser el jefe de la estación, supongo que andaba en un operativo. Me acusó de robo, portación de arma blanca y lesiones. Nos detuvieron, de ahí nos llevaron a las oficinas de Pino Suárez y luego a CAPEA, después a la 57, a la Cuauhtémoc y de ahí a la 50.

“Yo iba recomendado y aún así, me agredieron verbal y luego físicamente, sobre todo en la 50, dijeron que la iba a pasar muy mal en el reclusorio. Nos tuvieron incomunicados y gracias a una persona de limpieza, a la cual le dimos 50 pesos, se enteró mi mamá. Ella se presentó dos días después a las ocho de la mañana, le pedían 10 mil pesos por cada uno, pero en el cambio de turno, mientras ella conseguía el dinero, ya estaban listos los papeles para el traslado al reclusorio.

“En el Reclusorio Norte nos mandaron al servicio médico, me encontraron golpes y nos preguntaron si teníamos alguna enfermedad o si éramos portadores del VIH, yo dije que sí y por esa razón después me mandaron a Santa Martha Acatitla. En el Reclusorio Norte estuve dos meses y llegué a Santa Martha el 22 de enero de 1998, con sentencia de cinco años, siete meses y quince días.

“En Santa Martha me recibió el doctor Valencia. Dijo que me proporcionarían servicio médico, medicinas, atención psicológica y un dormitorio especial. Te lo pintan bien bonito, pero en la realidad el servicio médico es repugnante para nosotros. El doctor Mata, quien nos debía atender, no nos quería, teníamos que sacar consulta, si no, no nos veía. El doctor Méndez nos rechazaba, no nos daba consulta, nos cerraba la puerta del consultorio. Nunca nos revisaban, no se dignaban a tocarnos a los que teníamos VIH. La doctora Solano y el doctor Martínez nos atendían hasta el último y nos daban el medicamento caduco, pues había desabasto. Los más flexibles eran los turnos de guardia: el doctor Cima el sábado, la doctora Méndez el domingo y los miércoles por la noche, la doctora Rangel.

“Poco antes de que yo saliera cambiaron al director del servicio médico. El doctor Padilla era accesible, nos sabía tratar, siempre estaba para atendernos, se quedaba los fines de semana para mejorar la atención médica, era exclusivo para VIH.

“En lo referente a la comida nos daban ‘dietas’, que son bolsitas de verduras con un trozo de carne que se venden en el mercado negro por dos pesos ó cuatro cigarrillos porque son muy malas.

La comida del ‘rancho’ es un poco mejor para nosotros que para la población en general, pero aún así es mala.

“En cuanto a los demás internos, había mucha discriminación hacia nosotros. Algunos nos gritaban ‘¡podridos, levanten los gusanos!’. Varios custodios nos trataban con brazo fuerte. En la cárcel eso es normal, pero otros realmente nos veían con repugnancia.

“Salí de la cárcel a los tres años y medio, con la salud muy deteriorada, vine a la Ermita Ajusco y me empecé a sentir mejor, subí de peso y unos amigos me llevaron a la Clínica Condesa para entrar al protocolo de medicamentos. Ahí, un médico me revisó y le dije mis síntomas, que en ese momento eran diarrea, náuseas, vómito, fiebre, sudoraciones nocturnas, neuropatía... Dijo que probablemente tenía cáncer, que no tomara más los medicamentos porque no tenía caso si ya me iba a morir.

“Me sentí totalmente derrotado en comparación de cuando salí de la cárcel, además les informó el diagnóstico a unos amigos. Yo no lo había hecho y me sentí muy triste. Hablé con el doctor Guerra y me aconsejó no hacer caso, me dijo que no íbamos a suspender el tratamiento”.

Fue así que Ivonne, al momento de esta entrevista, había ganado diez kilos de peso. Pudimos enterarnos de su gusto por la lectura de la Biblia así como por los poemas, revistas entretenidas y un poco de historia de México.

“La vida es hermosa y quiero disfrutarla hasta donde se pueda. Las personas que más he querido y que más me han apoyado son mis abuelos y mi mamá. No cambiaría nada de lo que he vivido porque es la etapa que me tocó vivir, no me arrepiento de lo que he hecho, arrepentirse es cosa de tontos”.

Ese parecía ser su último día en la Ermita pues estaba recuperado y listo para salir a trabajar. Su cuarto lucía totalmente ordenado, su ropa limpia y doblada sobre la cama, hacía frío y comenzaba a caer la tarde. Nos acompañó por un sendero polvoriento entre los árboles, nos despedimos y lo dejamos radiante, con una gran sonrisa en medio de sus sueños y esperanzas.

Tiempo después tuvimos otra reunión, en nuestro espacio Siembra. Se veía en excelentes condiciones de salud. Platicamos intensamente sobre su vida, la cual estaba en muy buen momento: con un trabajo estable y la independencia suficiente como para vivir solo.

Semanas más tarde regresó en muy mal estado físico y emocional a la Ermita Ajusco, donde sufrió intensos dolores durante dos días y finalmente, falleció. Al parecer, su relación familiar se había deteriorado, al grado de que no querían acudir a recoger su cuerpo. Tras pláticas con ellos a petición del personal del albergue, por fin fueron por él para darle sepultura.

Descanse en paz Zeus O’SulIvan Padilla, quien se hizo llamar Ivonne.

JAVIER | EDUARDO | MARTÍNEZ | ALMANZA
ANNIE | HERRERA | ZAMORA
CIUDAD DE MÉXICO, 2001.

PEDRO

EL AMOR MAS GRANDE: MI MADRE

Conocimos a Pedro desde la primera vez que visitamos Santa Martha Acatitla: alto, delgado y de semblante serio, siempre dispuesto a platicar y a trabajar. Poco después notamos que es un poco tímido y sin embargo, muy participativo y constante. Cuando sonrío, su cara se ilumina. Es muy simpático, así que más de una vez nos arrancó una carcajada con algún comentario. Pedro es sumamente tranquilo, quizás por ello durante el tiempo que convivimos con él no lo vimos “apandado”. Es una persona optimista que accede a contarnos su historia en cuanto le explicamos el proyecto de Historias de VIHda.

Nos sentamos en una esquina del pequeño salón donde trabajamos y comienza por el principio, como en un cuento, diciendo que nació en 1971 en el Distrito Federal y que toda su vida había radicado en Iztapalapa, con su madre. “Era un niño hiperactivo”, dice mientras sonrío. Cuesta creerlo ya que se lo observa pacífico. Cuenta que era un poco travieso y que le gustaba jugar de todo, incluso “policías y ladrones”, y que además siempre fue un buen estudiante.

A través de las charlas percibimos que para él, la familia es sumamente importante. Pedro es el mayor de siete hermanos, quienes lo visitan constantemente, así que siempre tiene algo que contar de ellos.

“Cuando tenía 12 años, uno de mis tíos trabajaba en el Country Club de Golf y empecé a ganarme el sustento como cadi. Pero cuando cumplí 13 años mi padre murió de un paro cardíaco, yo estudiaba el segundo año de secundaria y me tuve que salir para ponerme a trabajar, en esta ocasión, en un camión foráneo con otro tío; cortábamos mango, lo poníamos en cajas, lo transportábamos a la Central de Abasto y lo entregábamos; estuve más de un año con él, pero no me pagaba, así que busqué otro trabajo porque necesitaba dinero para dar el gasto en mi casa. Me ocupé en varios lugares: en una reparadora de calzado y como aprendiz de albañil, pero nunca aprendía un oficio, fui aprendiz de todo y maestro de nada. Después empecé a robar.

“Yo me sentía orgulloso de llegar a mi casa con pan y leche. Un día llegué con pollos rostizados y les dije a todos: vamos a comer. Mi mamá me decía que les sirviera un pedazo de carne en un plato y yo le decía que no, que comieran lo que ellos quisieran y más. Entonces me sentía mejor, era grato ver a mi familia junta y en mejores condiciones, y todo era por mí.

“Cuando cumplí 14 años, recordé que cuando era más chico veía en la Merced a unas chavas en minifalda paradas en las esquinas. Cuando empecé a tener dinero me iba con ellas.

“A los 16 tuve fiebre tifoidea y rectorragia por lo cual me llevaron al Hospital Gea González, por

Tlalpan. Me ponían suero y sangre todos los días pues estaba perdiendo grandes cantidades. Estuve encamado 15 días y me dieron de alta. Durante el tiempo que estuve ahí, uno de mis tíos estaba internado en la misma sala que yo, iba a que le sacaran agua de un pulmón, también a él le pusieron sangre y poco después murió de Sida.

“Me citaron ahí mismo a los tres meses de haberme dado de alta y fui con mi hermana; yo era menor de edad, sin embargo, le pedí que me esperara afuera mientras yo entraba a una sala donde estaban como diez médicos. Uno de ellos me preguntó si tenía información del VIH, yo le respondí que no y me dijeron que fuera empezando porque era portador. Yo no sabía que me habían hecho el examen, ni siquiera me extendieron un papel de laboratorio, no me avisaron.

“Me dieron un pase para el Instituto Nacional de la Nutrición. Ese mismo día fui y me dí de alta como paciente. Ya tenían un plan para mí, me dieron citas para toma de muestras y consulta, e incluso me mandaron a un grupo de apoyo donde había otros 132 infectados. Era 1987, yo tenía 16 años. En el Instituto me hicieron los exámenes y también me dijeron que era positivo. Yo tenía la duda de que me hubieran infectado en el hospital anterior, cuando me pusieron sangre, pero no podía decir nada porque había andado con muchas prostitutas, pero siempre he tenido esa incertidumbre.

“En Infectología, el doctor Ponce de León me invitó a su protocolo de investigación de un tratamiento para VIH, el cual consistía en poner suero a los pacientes durante aproximadamente una hora cada tercer día. Yo le dije que no, pero otras diez personas sí aceptaron y supe que todos se murieron. Desde entonces tomé la decisión de no ingerir medicamentos, y así sigo hasta la fecha.

“Los del grupo de autoapoyo eran muy sociables y saliendo de las reuniones iban a comer o a tomar café, a mí no me interesaba eso. Me habían dicho que viviría de tres a siete años como máximo y pensé que si me iba a morir por lo menos debía hacer algo por mi familia, darles las comodidades que no teníamos, y así fue que me especialicé en el robo”.

Pedro ha estado cuatro veces en la cárcel, siempre por robo con portación de arma de fuego. Por ser reincidente no alcanza beneficios y la sentencia que lo tiene en Santa Martha Acatitla la debe cumplir totalmente y sin privilegios.

Su paso por los centros de reclusión empezó cuando tenía 16 años de edad, en el otrora Consejo Tutelar para Menores, hoy Consejo de Menores. Estuvo ahí por un mes y cuando iba a ser enviado a un centro de tratamiento –comunmente llamados “correccional”-, donde tendría que permanecer hasta los 18 años, acudió a un consejero a quien le comentó su condición de seropositivo e inexplicablemente lo dejaron libre al siguiente día.

La segunda vez ya era mayor de edad, tenía 18 años y fue remitido al Reclusorio Sur, pagó la fianza correspondiente y salió el mismo día.

La tercera vez no tuvo tan buena suerte: llegó al Reclusorio Oriente, donde estuvo un año, y al ser detectado como portador de VIH, fue consignado a Santa Martha Acatitla, llegando directamente al “hospital”, en la zona de aislados, donde permaneció dos años más.

A los 28 años reincidió por cuarta vez, recibiendo una sentencia de seis años y medio, de los cuales ha cumplido dos.

Comenta que, en general, las condiciones materiales en Santa Martha Acatitla han mejorado,

ya no los mantienen aislados y encerrados como cuando estaban en el “hospital” y no los dejaban salir del área restringida; sabe que hay desabasto de medicamentos, pero a él no le afecta, por la decisión comentada. En cuanto a la comida, dice que se ha enfermado varias veces porque es de muy mala calidad; sin embargo, lo peor es el trato que se les da por ser presos seropositivos.

“Mi estancia aquí ha sido humillante; me agreden, me molestan y no me gusta ser agresivo, lo soy cuando hay que serlo, pero nada más. Aquí tengo que reprimirme, sobre todo con los custodios. Me la llevo tranquila porque quiero salir, les hago falta a mis hijos. Mis hijos son mis sobrinos. Tengo 12, son hijos de mis cuatro hermanas, todas madres solteras.

“Mi único miedo es perder a mi familia, el amor más grande que siento es por mi madre. La visita de mis hijos me pone feliz, me pongo a pintar con ellos, me gusta pintar paisajes”.

Así concluye la charla. Pedro es alguien que, como todos los seres humanos, desea la libertad, tener alguien que lo ame, pero sobre todo que su familia esté bien. Menciona apreciar mucho a los amigos leales y sinceros y que le disgustan la hipocresía y la falsedad. Se sabe un mal ejemplo para sus sobrinos; sin embargo, su deseo es darles lo mejor en cuestiones materiales porque piensa que se lo merecen.

Nos acompaña hasta la puerta y ya que le gusta que lo visitemos, promete que la próxima vez nos esperará ahí mismo desde la hora en que lleguemos, como casi siempre lo hace, así que programamos una cita para la próxima semana que será cuando juguemos ping pong.

ANNIE HERRERA ZAMORA

JAVIER EDUARDO MARTÍNEZ ALMANZA

CIUDAD DE MÉXICO, 2002.

SERGIO

VIVIR EN CARNE PROPIA

“Quiero, en una forma breve, dar el testimonio de mis vivencias en la cárcel municipal de Ciudad Guzmán y en el Reclusorio Preventivo de Guadalajara. Las más importantes: vivir en carne propia todas las violaciones a los derechos humanos que se dan en los centros penitenciarios.

“Cuando estuve preso en Ciudad Guzmán empecé a experimentar distintos síntomas, por lo que fui trasladado al Hospital Civil de Guadalajara. Me diagnosticaron una hernia inguinal de la cual me iban a operar. El mero día en que iba a ser la cirugía los doctores me dieron la noticia de que las cosas no estaban bien y que ya no me iban a operar, que habían detectado ciertas anomalías. Se me hizo saber de una forma brusca y brutal, sin ningún miramiento, sin pensarlo siquiera, que yo tenía Sida. Fue un golpe tremendo para mí. Como que tu vida se termina, no puedes entender por qué tú, por qué yo. Empiezas a caer en estado depresivo, a sentirte culpable, empiezas a tener problemas psicológicos. Pocos tienen la capacidad de soportar esto. Inclusive tengo que reconocer que al principio no descartaba la posibilidad del suicidio. Pero finalmente, gracias a las personas que se interesaron en mi caso y en mi estado de salud, poco a poco fui mejorando. Tengo la confianza de que voy a ganar la batalla contra la enfermedad.

“Regresé a la cárcel municipal y volví a decaer. Pensé que por mi diagnóstico recibiría un trato más digno. Pero resulta que cuando pedí una dieta adecuada para mi enfermedad, me dí cuenta de que se burlaban de mí. En otra ocasión fui con el doctor para solicitar la dieta y me contestó que qué creía, que no estaba en un hotel ni en mi casa sino en la cárcel. Ése fue el inicio de la pesadilla que he vivido hasta ahorita, de la indolencia, de la falta de información, de todo lo que alrededor de la enfermedad da vueltas... del rechazo de los internos. Hay personas que no se te acercan y yo creo que es por ignorancia.

“Con la ayuda de unos amigos que conocí en esa cárcel, por medio de cartas y escritos, comenzamos a litigar para que conforme a derecho se me diera un traslado al Preventivo de Guadalajara con la idea de que pudiera tener un tratamiento estable en el Hospital Civil. Y resulta que fue peor el remedio que la enfermedad: en cuanto llegué a filiación del Preventivo me di cuenta del trato inhumano que se les da a los internos.

“Yo traía un memorándum donde se decían las causas de mi traslado y donde la juez daba una orden de que se me enviara inmediatamente al hospital. Una abogada de la institución dijo que después se haría el traslado y me mandaron a la zona de enfermedades contagiosas.

“El recibimiento que me dieron en el área fueron unas zanahorias con unas tortillas frías... Una burla ;una burla espantosa! Supe en ese momento que el calvario había iniciado. Conforme fueron pasando los días, me fui dando cuenta de que no sólo la doctora tomaba actitudes soberbias, sino casi todo el personal médico. No hubo día en que no fuera testigo de un acto de crueldad y de inhumanidad. Esas personas, que supuestamente estaban ahí para dar apoyo a otras en desgracia, con una enfermedad de esta clase, en realidad actuaban al revés, de lo que se trataba era de que ya no diéramos lata, porque entre los compañeros había unos con la enfermedad tan avanzada que se la pasaban nada más vomitando y en el baño, con la diarrea. Los que estábamos más fuertes le pedíamos al personal médico, a la doctora Ana, que atendieran a los que estaban peor. Inexplicablemente, no hacían nada, se quedaban platicando... Ni un suero les daban.

“A ese espacio le llamábamos el área de la muerte, porque sólo había que esperarla. Después me cambiaron de este lugar porque fui testigo de muchos acontecimientos y ellos se dieron cuenta de que yo no me callaba. Empecé a hacerles ver que todo lo que estaban haciendo no iba a quedar impune, que si Dios me daba la fuerza para salir con vida de este problema, iba a decir todo. Yo estaba en mi peor momento, en la caída más violenta que he tenido. Dentro de mí, aunque no quería, debía aceptar que tenía la posibilidad de morir.

“Sacaba fuerzas no sé de dónde para seguir soportando, y con la idea de un día sacar todo a la luz pública, para que el mundo se diera cuenta de las cosas que se cometen en el Preventivo de Guadalajara. Por eso resulté un paciente muy incómodo. Recuerdo la última muerte que presencié, la de un compañero interno. Como a las tres de la mañana me desperté y fui a ver qué le pasaba. Estaba muy mal. Se lo hice saber al médico de guardia y a un sujeto que estaba con él que trabajaba como custodio del área. Les informé del estado del interno. Inexplicablemente, ninguno de los dos movió un dedo, ninguno se levantó y me ordenaron que me retirara, me dijeron que era muy enfadoso, que no le pasaba nada. Entonces me regresé y traté de confortarlo pero ya estaba muerto. Al ver la situación pensé que podría haber un problema y me volví a meter en mi cama. Tardaron como tres horas para darse cuenta de que ese compañero estaba muerto y rápidamente trataron de enmendar el error argumentando que se había suicidado; yo no estuve de acuerdo y dije que estaba muerto desde que avisé.

“Entonces lo que hicieron fue muy lógico: me llegó el castigo, me trasladaron al pabellón psiquiátrico, que también tiene una sala de la muerte. Había muchos internos en muy mal estado, esperándola. Muchos ya no se levantaban. Llegaban los doctores y uno les decía que fulano ya no se levantaba, que hicieran algo por él. Y ellos, increíblemente, decían: ‘Yo lo veo bien, no veo que esté mal’. Todas esas cosas me llenaban de desesperación, de necesidad de hacer algo. También me di cuenta de que por parte de los demás internos nadie se atrevía a hablar, a levantar la voz. Unos por ignorancia, otros por falta de recursos económicos. La mayoría, calladamente, soportaba el dolor, aceptaba la muerte.

“Empecé a conseguir números telefónicos con la ayuda de mis amigos y a hacer llamadas. Así tuve la oportunidad de conocer por teléfono y platicar muchas veces con la licenciada Guadalupe Morfín, que en mi forma de pensar, en mi forma de ver, es una luchadora social, y su trabajo muy digno y muy bonito. Ella, como presidenta de la Comisión Estatal de Derechos Humanos de Jalisco, hizo una recomendación en la que con energía, con vigor, solicitaba la atención inmediata de los enfermos de VIH por las causas ya conocidas: no dan medicamentos ni dieta, no puede ser posible que la institución nos tenga privados del derecho a la alimentación y a la salud, a una vida digna.¹

“Según el Reglamento no se puede dar libertad a los internos hasta tener 75 años o que tu enfermedad esté en etapa terminal... que estés casi muerto. Así te lo dicen los doctores: ‘No tiene sentido darle la libertad a una persona que sólo va a salir a morirse’. Lo que debería hacerse es dar una oportunidad de vida a una persona en desgracia.

“Lejos de esto, en un desplegado a la opinión pública en el diario Ocho Columnas, la institución dijo que lo que estaba pidiendo la Comisión de Derechos Humanos no podía ser. Lo que yo puedo decir de la Comisión es que están haciendo las cosas lo mejor que se puede. Desgraciadamente, los centros de reclusión tienen todos los medios para ‘taparle el ojo al macho’ y ocultar este tipo de atropellos. Aquí se cometen actos aberrantes, bárbaros, donde existen personas responsables; se debe iniciar una investigación inmediatamente. Estos hechos no pueden quedar impunes. Yo tengo la obligación, por la promesa que le hice a mis compañeros, de que todo esto salga a la luz pública. Además, les falta educación en torno al VIH.

“Yo simplemente estoy platicando una parte de los problemas, hay infinidad de actos inhumanos y de impunidad, de prepotencia, de autogobierno, que provocan todo tipo de lesiones y de daños a los internos.

“También quiero decir que no todo el personal es malo. Existen personas con buenos sentimientos, trabajadoras sociales, psicólogos, gente que da su mejor esfuerzo y trata de hacerle a uno la vida un poco menos dolorosa. Tengo en mente a una señora muy hermosa, muy humana. Es una de esas personas que hacen todo lo que pueden para resolver los problemas. Ellos no pueden hacer muchas cosas, pero los de arriba sí pueden. Que no quieran, es otra cosa. Hay una negligencia espantosa. De ellos depende la vida de muchas personas que están adentro.

“La comida que se sirve ahí es la muerte y más para personas que tienen problemas intestinales. Un plato de esa comida equivale a tres días de diarrea. Yo afortunadamente tenía el apoyo de mi familia y de alguna manera, la conseguía en otro lado. Me costaba un dineral. Por cualquier cosa que encargues, tienes que pagar. Yo me compraba, por ejemplo, un licuado que costaba quince pesos... es enormemente caro, y aparte ;había que pagar por el favor! Es un problema muy grande. Estoy hablando de las personas que podían, pero los que no tienen ni siquiera visita o que están encamados, sólo están esperando la muerte.

“Espero que mi testimonio ayude a poner fin a estos actos de barbarie, porque lo que simplemente están haciendo en los centros de reclusión es encerrar a la gente y dejarla morir”.

Sergio finalmente fue liberado en noviembre de 2000, por razones de salud.

ALBERTO HERRERA ARAGÓN
GUADALAJARA, JAL., 2000.

RICARDO

PENSÉ DESTRUIRME

“Ésta es mi historia y empezaré platicándoles cómo de repente cambió mi forma de pensar, todas mis actitudes, mi forma de ser humano. Yo era un muchacho, creo que como cualquiera otro, con ilusiones, y bueno... cometí un error y ya estaba adentro, preso. Me dije: Voy a enmendarlo y tarde que temprano tengo que salir de aquí. Fue un delito contra la salud, que es federal, y todos los beneficios de libertad proceden de la Ciudad de México.

“Durante mi reclusión en el Preventivo de Puente Grande hacía deporte, me reunía con mis compañeros y jugábamos fútbol, basquetbol, luchitas, llevadas de mano, y bromeábamos. Me inscribí en una liga de fútbol. Practicándolo, me empezaron unos dolores de cabeza, migraña. Y entre más jugaba, más dolor me daba. Fui al área médica y una doctora, que hasta la fecha es muy buena amiga mía, me empezó a atender, a darme unos analgésicos, pero no se me quitaban. Me programaron para mandarme al Hospital Civil.

“Ya estando ahí, me hicieron algunos estudios generales, tomografías y otros de la cabeza. De repente, llegaron todos los doctores, psicólogos, psiquiatras, trabajadores sociales y hasta vigilancia, y todos, viéndome. Después me aislaron en un cuarto. Yo me quedé bien espantado, más que espantado, sorprendido porque no sabía qué estaba sucediendo. Al final sólo se quedaron un psicólogo y una trabajadora social conmigo, y me dijeron el problema: era seropositivo.

“En ese momento sentí que todo se me derrumbaba por completo. Yo no soy de aquí, de Guadalajara, soy de la Ciudad de México. Entonces, no tenía en quién apoyarme o a quién pedirle un consejo, estaba desesperado. A mí me diagnosticaron en 1990, cuando apenas se estaba conociendo ese padecimiento (sic).

“En esos días vinieron unas doctoras de Estados Unidos a participar en un Congreso sobre esa enfermedad. Yo tuve la fortuna de ser atendido por una de ellas, era muy buena persona. Sin embargo, para mí no era suficiente en ese momento su apoyo porque me sentía como un bicho repugnante, como algo que no puedes ni voltear a ver porque te causa más que lástima, te causa como asco, como miedo. Los que yo pensé que eran mis amigos pasaban y en vez de decirme ‘Hola ¿cómo estás?’; como antes, ya no querían ni voltear a verme. Les decía: Oye ¿me regalas un vaso de agua?, y ya no me lo llevaban, sino que le decían al policía que nos cuidaba: ‘¿Sabes qué? Ten, llévaselo.’

“Pienso que ellos se enteraron de mi problema por medio de la enfermería del Preventivo, por lógica, los doctores del Hospital Civil pasaron el reporte de que yo era positivo. En el transcurso de un mes toda la zona de intendencia ya sabía que yo estaba enfermo. Perdí a mis amigos, a mis compañeros de celda que eran los únicos con los que había contado. Yo era muy joven, tenía como 19 ó 20 años.

“Y ¿qué pensé? Destruirme. Y lo hice: tomé frascos de pastillas, me corté las venas de los brazos y del cuello; me colgué... y me alcanzaron a bajar.

“Uno de los peores errores que llegué a cometer, en ese entonces, fue cuando al estar en otra ocasión en la sala de detenidos del Hospital Civil, burlé la vigilancia y me fugué. Estuve prófugo dos días y me agarraron. Me volvieron a llevar a la sala de detenidos, como reo de alta peligrosidad.

“Pero mi intención había sido que me tiraran un balazo al ver que me fugaba, así acabarían conmigo de una vez y sin dolor, porque ya me habían comentado cómo era la enfermedad ésta y no quería terminar así. Pensé que vivir con esta enfermedad iba a ser de lo peor, por eso quería cortar todo de raíz con un balazo por la espalda, o la cabeza, que me dieran la ley fuga.

“De regreso en el penal, mi recibimiento fue con garrotizas. Ya no me golpeaban con los puños ni con los pies, o sea, físicamente, así de cuerpo a cuerpo, sino que agarraban unos toletes. Les daba miedo y tal vez pensaban: ‘va a sangrar, me va a salpicar y me va a contagiar’. Me aislaron aproximadamente por un año dos meses. Se le llama aislamiento celular porque te separan de todo, de toda la población, de todos tus compañeros y te meten a una celda para tí solo; ahí, estás encerrado día y noche, sin derecho a ver a tu licenciado, sin derecho a nada. Ya pasando los tres meses te dejan salir solamente cuando te mandan hablar.

“En aquel entonces, si te morías, para ellos era mucho mejor. Se quitaban un compromiso de encima, como ellos dicen. Yo ya sabía que era un portador, pero todavía no tenía síntomas. Deseaba tener actividades, seguir haciendo deporte, trabajar, leer, escribir, cualquier cosa, pero sólo tenía lo que había en la celda: una cobija y una almohada, si acaso un short y una playera. Me ponía a hacer lagartijas, sentadillas y abdominales para despejar mi mente.

“Pero haberme encerrado sólo ocasionó que saliera con más rebeldía. En vez de ayudarme en ese momento con un psicólogo, con alguien que me apoyara, me decían: ‘Mira, puedes seguir con esta actividad o con esta otra’. Me olvidaron por completo e hicieron que me volviera más negativo. Mis intenciones eran acabar conmigo de la manera que fuera. Entonces empecé a ser agresivo con vigilancia, les contestaba, no pasaba la revisión, la lista, y otra vez el castigo y el castigo... y el castigo y el castigo...

“Me daba mucho miedo que la gente me señalara: ‘Mira, ahí va el que está enfermo, ahí va ese sidoso’. También me daba vergüenza. Venía el licenciado y me llamaban, pero yo me escondía con tal de que no me vieran mis compañeros; me aislaba, me aislaba cada día, cada día más.

“En el Preventivo me tenían en lugares deprimentes como el Dormitorio Uno, que era de castigo; o el Dormitorio Cero donde están los pacientes psiquiátricos. No había luz. Los baños no tenían agua, tenías que ir con un bote a traerla. Dormías en el piso porque había sobrepoblación. No tenías medicamentos: si te dolía una muela, te daban una aspirina; si tenías infección, te daban una aspirina; te machucabas un dedo o te quebrabas un pie, te daban una aspirina. Todo el mundo te lo podrá decir: en aquel entonces el área médica sólo te daba una aspirina.

“Casi a finales de 1994 me trasladaron al Centro de Readaptación Social. Ahí estuve hasta el siguiente año en un lugar parecido al Preventivo, con las mismas condiciones. Permanecí en el Dormitorio Uno, que es también de castigo, y preguntaba a la vigilancia o al director ¿cuál es el motivo del castigo, mi enfermedad?”

“Pasando unos cuatro o cinco años después de que me dijeron lo de mi enfermedad, tuve mi primera recaída y me llevaron nuevamente al Hospital Civil. Ahí conocí a Mary, una persona ¡tan linda y tan humana! Me enseñó más que nada a vivir, a vivir con este problema, con el VIH, y me hizo ver y comprender que en realidad no es tan malo como yo pensaba.

“Me costó mucho trabajo aprender otra vez a reintegrarme porque es difícil volver a conseguir un amigo. Aprendí a diferenciar quién en realidad era amigo y quién no, quién me convenía y quién no. La enfermedad me ha hecho ser una persona más consciente, con valores humanos que no tenía, me ha enseñado a conservar la amistad, que es una de las cosas que más aprecio en esta vida.

“Me di cuenta que aún podía jugar, estudiar y, una cosa bien importante, tener el apoyo de una mujer, de una pareja, sabiendo cómo cuidarse y cuidarla. Mary no me quiere por estar muy bonito o por el dinero, no lo tengo. Sabe de mi enfermedad. Me conoció siendo preso. ¿Qué interés material puede tener en mí? Ninguno. Eso es algo que te enseña esta enfermedad, a diferenciar a las personas.

“En aquel entonces éramos unas 30 personas aisladas, todos por VIH confirmados. Muchos de ellos obtuvieron el beneficio de la libertad; otros fallecieron, que en paz descansen.

“A mediados de 1995 hubo un motín donde todos los internos pelearon sus derechos: mejores condiciones de vida, mejor atención para la visita, mejor alimentación porque la comida que nos daban era comida echada a perder, carne agusanada. Las condiciones del área médica eran de lo peor, no había personal, vigilancia, no había nada.

“Después del motín hubo muchos cambios dentro del penal. El primero y más importante: la comida. Además la sobrepoblación disminuyó, creo que a la mitad, porque soltaron gente. Entonces, el ambiente fue cada día menos tenso.

“A los enfermos se nos dio la oportunidad de reintegrarnos enseñando al resto de la población lo que es esta enfermedad para que todos te aceptaran: convivir donde ellos estaban, sentarse en el comedor donde ellos comían, por dar ejemplos. Al fin pude participar en mis deportes favoritos: basquetbol y fútbol. Entre 1996 y 1997 empecé a estudiar la primaria y la secundaria. La convivencia con los compañeros era mejor, algunos te decían: ‘Oye, ven aquí, vamos a platicar, vamos a caminar un rato’. Otros me regalaban una fruta o me invitaban cosas: ‘¿gustas un refresco, algo de comer?’.

“Después, el Consejo Técnico del penal, principalmente Psicología, realizaron algunos programas de VIH/Sida para todos los internos y se ayudaba también a los que ya estaban enfermos. Mucha gente se drogaba, se inyectaba... esto es muy normal en las cárceles, al igual que las relaciones sexuales entre hombres y sin protección, porque en aquel entonces no había un lugar donde compraras un condón o que el área médica te regalara o vendiera uno. Se empezaron a dar cuenta que era algo que no podían detener, pues si los enfermos estaban aislados ¿cómo se estaban contagiando los demás?.

“Entonces comenzaron a aplicarse ciertas reglas: si te agarraban una jeringa o una máquina de ésas para hacerte un tatuaje, cometías una falta muy grave y merecías un castigo.

“Alrededor de 1999, el área médica insistió en algunos cambios. Estuvo involucrada mucha gente voluntaria e influyó para darle seguimiento a lo relacionado con nuestros derechos. Un cambio importante para mí fue el respeto, que no por estar enfermo pueden ir a decirle a fulano y a mengano. Era tu enfermedad, era tu vida, deben respetar tu privacidad, tu intimidad, no tienen por qué estarlo divulgando.

“Hicieron un dormitorio especial, el Dos-A, para puros enfermos, no sólo de VIH; también hay gente que está mal del corazón, que sufre ataques epilépticos, de avanzada edad, que no pueden caminar y gente en silla de ruedas. Ya no te tienen aislado, estás con la población en un dormitorio específico. Puedes salir, entrarle a hacer deporte, estudiar, trabajar, hacer lo que tú quieras o lo que puedas. Una cosa: no es obligatorio que si eres un paciente de VIH estés en ese dormitorio. Tienes el derecho a elegir.

“A quienes les ponen mucha atención y observan son los homosexuales, a los travestis, pues son los que se prostituyen, unos por placer, otros por necesidad, por el vicio o porque están enamoradas, como dicen. De hecho, cuando salí libre, a ellos les tenían prohibido salir con la población aunque fuera a un mandato, sanamente, o a trabajar... Por culpa de uno, pagan todos.

“Puedo recalcarlo como paciente y ser humano: la atención ha cambiado demasiado. Las autoridades, de unos años para acá, sí apoyan. El trato en el área médica es mucho mejor; antes sólo aspirina, ahora ya no esperan a que te pongas grave para darte buena atención. Ahora, el doctor se da cuenta de lo que te pasa y te dan tratamiento. Si no lo tienen dentro de la institución te mandan a urgencias a la Unidad de VIH en el Hospital Civil viejo. Ahí son especialistas y hay todo para atenderte.

“En la cuestión de los traslados, a veces sí se sufre. El transporte es muy primitivo: una jaula totalmente cerrada, es una camioneta sencilla como las de pan Bimbo. Te encierran y te llevan esposado de pies y manos, te estés muriendo o no. Está sucia y no tiene el equipo necesario para una emergencia pues no es una ambulancia. No tienes derecho a pedir agua, no puedes pararte del asiento porque vas amarrado. Por ese lado sí es muy difícil. Yo fui al Hospital Civil bien enfermo, e ir grave y asegurado a un asiento de fierro es muy incómodo.

“Sales como a las ocho de la mañana del penal y llegas al Hospital Civil, máximo a las nueve. Las consultas empiezan a las once u once y media de la mañana. Por las reglas de seguridad no te bajan de la camioneta en cuanto llegas, te tienen encerrado y esposado hasta la hora de consulta. También al consultorio te llevan esposado y escoltado. Como van en promedio seis u ocho personas, debes esperar a que pasen todos. No comes, no tienes derecho ni a un vaso de agua, está prohibido que cualquier persona se arrime contigo, no puedes comprar nada, no puedes pedir nada.

“Por una parte, quisiera darles la razón por motivos de seguridad, pero también pido por los pacientes que van arriba de la camioneta, pues tienen derecho aunque sea a un vaso de agua, a trasladarse en mejores condiciones y a un mejor trato.

“La última vez fue muy difícil para mí, venía de consulta y habían dado de alta a un muchacho

que ya estaba en fase terminal. No podía sostenerse ni sentado... lo aventaron a media camioneta y ahí lo dejaron, sin una cobija abajo, sin una sábana. Es triste porque tú ya estás arriba y dices: bueno, me quito la chamarra, o lo sostengo, o lo llevo sentado junto a mí y lo voy cuidando, pero ¿qué haces? Estás amarrado de pies a cabeza ¡viéndolo ahí tirado! Por ese lado es muy doloroso.

"No deseo que nadie se enferme porque no es grato, pero me siento a gusto porque he aprendido cosas que no me enseñaron en la escuela ni mis padres. Con el progreso de la enfermedad vas aprendiendo y experimentando muchas cosas."

Ricardo fue liberado en julio de 2001 por su grave estado de salud.

ALBERTO HERRERA ARAGÓN
GUADALAJARA, JAL., 2001.

REMONTAR LA NOCHE

NUNCA QUISE SER ECO / Y SIN EMBARGO
 NUNCA QUISE SER SOMBRA / Y SIN EMBARGO
 NUNCA QUISE SER DUELO / Y SIN EMBARGO
 NO QUISE SER ESCARCHA / Y SIN EMBARGO
 ME ARRINCONÓ LA VIDA

MARIO BENEDETTI

"No puedo hacer consciente cómo ni a través de quién aprendí a amar lo pequeño, lo débil, lo oculto, porque todo comenzó hace ya tanto tiempo. Dicen que la palabra 're-cuerdo' significa 'volver al corazón'. Yo he decidido llevar la mirada más allá y adentrarme en lo profundo del corazón de los dos.

"No estoy segura de cómo bajé, y tampoco por qué... mi primera memoria comienza en una de esas tristes tardes de invierno. Llevaba dos semanas comiendo porquerías y durmiendo mal, entre las bancas... Arropada del frío por el velo de mis miedos, junto a una vieja cama de hospital lo conocí.

"Tengo una foto en mis manos. Somos nosotros, Ricardo y yo, antes de que todo comenzara, nos la tomaron en el hospital. Estamos los dos, juntos, al lado de mi hija y de los otros enfermos del pabellón. Cuando la miro, me parece que fue hace tan poco tiempo. Esa fue la primera vez que hablé con él:

'Me llamo Ricardo, dijo, apretando la voz y tratando tal vez de ocultar el dolor que sentía, pero mis amigos me conocen por el 'Can'.

"¿Estás solo, tu familia no ha venido a visitarte?, pregunté con temor a saber de antemano la respuesta.

'¡No tengo a nadie!', respondió sin poder disimular su ansiedad.

"Yo cuidaba de él y a cambio, él estaba pendiente de mi hija. Fue así como al paso de los días, nuestra amistad creció. Una mañana, después de levantar, temeroso, la sábana que lo cubría, me mostró las esposas que lo aseguraban a uno de los barrotes de la cama. Apenado, me confesó

que estaba preso, y que por su enfermedad, lo habían trasladado de urgencia al hospital

“No te preocupes, le dije, al mismo tiempo que tomaba su mano entre las mías... lo sabía y no me importó.”

“Sin previo aviso, Ricardo fue devuelto al reclusorio cerca de la media noche. No hubo tiempo para despedidas, llegaron por él y lo subieron en una ambulancia custodiada por dos patrullas. Esa misma noche lo habrían de conducir a través del centro hasta su antigua celda.”

--

‘¿A quién viene a visitar?’

“A Ricardo, le contesté a una mujer de rostro severo que vestía una bata blanca.”

‘¿Qué es de usted?’

“Un amigo.”

‘Está en el módulo de segregados, respondió categórica.’

“¿Segregados?”

‘Después de llegar a la terraza, pida a uno de los custodios que le indique el camino, dijo concluyente, como ajena a mi presencia.’

“Esa fue la primera vez que pisé una cárcel y de no ser por la sonrisa que se dibujó en el rostro de él y por el brillo que a partir de ese día tuvo en la mirada, quizás hubiera sido la última.”

‘¿Cómo está tu hija?’, fueron sus palabras al darme la bienvenida.’

“Está bien”, le respondí.

--

“Hay gente que dice que compartir es como desnudarse: es mostrar al otro lo que realmente somos, lo que tenemos, lo que deseamos, lo que queremos. Y el tiempo que pasamos juntos a partir de ahí, nos dio la confianza para hacerlo.”

‘Nunca te he dicho que alguna vez intenté destruirme’, me dijo en tono solemne, ‘no aguantaba la idea de pensar que otros internos o los mismos custodios me señalaran al pasar: ahí va el sidoso, ése que va ahí tiene sida. Así que una tarde tomé dos frascos de pastillas, me corté las venas de los brazos y del cuello, y al final, me colgué dentro de mi celda, sólo que unos amigos se dieron cuenta y me alcanzaron a bajar.’

“Esa fue, para mí, como nuestra primera intimidad”.

--

“La segunda intimidad, la más auténtica, llegó de la mano de los sueños cuando me propuso matrimonio.

‘Ya casi salgo de aquí ¡están por liberarme!’ me aseguró, quizás pensando en lo que esa noticia significaría para mí... ‘Si tú quieres, podríamos vivir juntos.

“Hubo un silencio, durante el cual desfilaron por mi mente las sentencias de mi familia, de mis hermanos: ‘¿Estás segura de lo que vas a hacer? ¡Es un convicto! Piénsalo bien, igual y sólo quiere aprovecharse de ti porque está encerrado’.

“Pero la más cruda de todas fue la de mi hija: ‘Ricardo tiene VIH, tienes que saber que lo que sea entre ustedes, no será por mucho tiempo’.

“Nunca estuve más segura de lo que ahora puedo estar. Sólo sé que lo amé y lo sigo amando todavía. El tiempo que compartimos juntos fue corto, sin embargo, fue el tiempo más feliz de mi vida y también, creo, lo fue para él. Murió hace un año, pero no lo hizo solo. La promesa que nos hicimos delante de Dios una mañana, de amarnos y acompañarnos hasta que llegara la hora de la muerte, se cumplió. Murió con la certeza de que yo estaría siempre a su lado”.

Este relato se recibió escrito por propia mano de la autora.

MIGUEL MOGUEL VALDÉS

PUENTE GRANDE, JAL., 2002.

ESTA OBRA SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EN DICIEMBRE DE 2004 EN
CIUDAD DE MÉXICO.
EN UN TIRAJE DE 1,000 EJEMPLARES.

